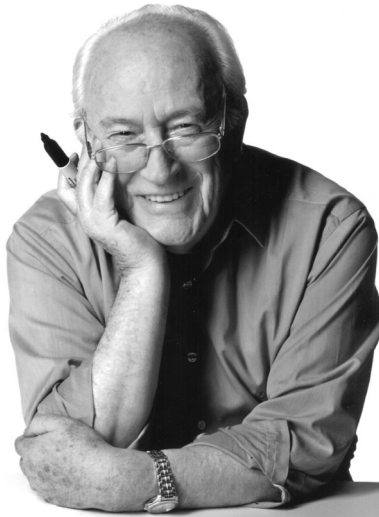


ANTONIO MINGOTE (1919-2012): *IN MEMORIAM*

BRAE TOMO XCIV • CUADERNO CCCIX • ENERO-JUNIO DE 2014



ADENTRARSE en la vida de una persona, averiguar qué quiso hacer, qué hizo y qué no pudo hacer, comprender cómo evaluó ella mismo sus logros o lo que realmente pensaba del mundo en el que vivió o de aquellos con los que se relacionó, es siempre una misión compleja, prácticamente imposible si buscamos respuestas completamente fiables. Pero tal es la tarea que se debe plantear todo aquel que desee preparar una necrológica.

Siempre es posible, lo sé, recurrir a los datos: encapsular lo que fue una persona en los sucesos, en los *hechos* que marcaron su biografía: dónde nació, en qué lugares vivió, cuál fue su familia, que profesión le permitió ganarse el pan de cada día, cuáles sus logros más significativos, los honores —si es que alguno— que recibió, si fue una persona recoleta o eso que vulgarmente se califica como «pública». En el caso que ahora me ocupa, el de Antonio Mingote Barrachina, enmarcar su necrológica en semejantes parámetros, los que llevan inexorablemente a arañar únicamente la superficie de la humanidad escondida, constituiría una tarea relativamente sencilla, aunque ciertamente prolija, y ya mil veces realizada. Nuestro querido y añorado compañero fue, en efecto, repetida, y merecidamente, celebrado y honrado, encontrándose los detalles factuales de su vida en multitud de publicaciones, libros, artículos y catálogos, al igual que en programas de radio o televisión¹. Es difícil, probablemente imposible, encontrar un contemporáneo suyo que recibiera en vida tantos reconocimientos y distinciones, tantas muestras de afecto y

¹ Destacaré de entre ellos los siguientes: Ildefonso-Manuel Gil, Rafael Azcona, Alfonso Ussía y Ángel Palomino, *Retrato de Antonio Mingote*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1988; María Luisa Burguera Nadal, *Mingote y su tiempo. La difícil facilidad del humor*, Valencia, IVAM, 2013; *Mingote. La vida cabe en un dibujo*, Valencia, IVAM, 2009; y el recuerdo que de él trazó su sucesor en el sillón «I» de la Real Academia Española: Santiago Muñoz Machado, *Los itinerarios de la libertad de palabra*, Madrid, Real Academia Española, 2013.

admiración. Sin embargo, a pesar de su gran presencia pública, de ser una persona que disfrutaba de la compañía de sus amigos (y no tuvo pocos), Mingote fue también un hombre introspectivo, sumergido en sí mismo, más silencioso que hablador. Atento oyente, le gustaba más observar el mundo que intervenir en él directamente. Esto, intervenir en el mundo, es algo que hizo a través de sus dibujos, que hablaban por sí solos o acompañados de frases breves. Coherente con esa personalidad, su humor fue una forma de escapar de la realidad; no era, en mi opinión, tanto humor como desesperanza, una triste, fina y resignada ironía ante un mundo en el que, en el fondo, se sentía extraño.

En lo que sigue, intentaré no sólo recapitular los principales acontecimientos de la vida de quien con tanta dignidad ocupó el sillón «r» de esta Casa: al mismo tiempo que recuerdo algunas de sus obras, también procuraré responder a cuestiones más ocultas, ver allí donde no se ve sin más, para lo cual recurriré a algunos escritos suyos inéditos.

PRIMERA JUVENTUD

Antonio Mingote Barrachina nació el 17 de enero de 1919 en Sitges, pero sólo porque su madre, la maestra Carmen Barrachina Espriú, que vivía en Daroca, se trasladó allí para dar a luz, en casa de sus padres. Fue, por consiguiente, catalán de nacimiento, pero aragonés por raíces familiares. Y madrileño de adopción. Un hombre poliédrico, en suma, vacunado por suerte de su biografía, de su carácter y de sus ideas, contra cualquier sentido estrecho de eso que algunos llaman «patria chica», o, si prefiere y acaso más apropiadamente, «nacionalismos estrechos».

En un cuaderno que conserva Isabel Vigiola, la devota esposa de Mingote (fue, sin duda de ninguna clase, su auténtico «ángel de la guarda»; él era absolutamente incapaz de cuidarse propiamente, esto es, de manera medianamente organizada), y en el que éste comenzó unas «Memorias, más o menos», que según apuntó le habían pedido (no llegó a completar más que un par de cuartillas), escribió²:

«Si es verdad que en la infancia del hombre se fragua toda su actitud, en lo que resta tendré que explicar cómo fue mi infancia. Fue una infancia feliz, como la de muchos, aunque de eso no he tenido conciencia hasta después como sucede a casi todos.

Mi padre fue un músico bondadoso pero malhumorado. Los artistas, si son auténticos, suelen estar de mal humor al darse cuenta de lo difícil que es alcanzar las altas cotas del arte verdadero. Sólo están de buen humor, contentos de sí mismos, los inep-

² Denominaré «Cuaderno verde», por el color de sus tapas, al lugar en el que se encuentra este, y otros, escritos.

tos, los aficionados, los mentecatos. Excepto, claro está, algunos genios, que pueden estar como les da la gana. Y los que teniendo conciencia de su mediocridad artística la aceptan, o sea los que sólo son inteligentes.

Mi madre era, con el permiso de usted, la mejor de las madres y aunque tenía aficiones literarias (escribió cuentos, artículos, incluso publicó alguno) jamás se tomó en serio ni dio a nadie la lata. Uno y otro me enseñaron a admirar a los admirables, con humildad enriquecedora y a tener la mente abierta para el ejemplo, al aprendizaje».

Con estas palabras, por cierto, terminaba aquel bosquejo de memorias, que debió componer hacia 1987.

En otro lugar, una pequeña autobiografía publicada por Círculo de Lectores, y refiriéndose a sus años jóvenes, los del lustro 1931-1936, señaló³: «Tiempos maravillosos. Primeras lecturas deslumbradoras. Mi madre me enseña a admirar con humildad a los admirables y me hace ver el beneficio que eso comporta. Mi padre me descubre a los del 98. Ildefonso Manuel Gil, pariente y amigo muy querido, me descubre a los del 27 y a tantos otros. Yo, por mi cuenta, descubro a dibujantes y humoristas, y guardo desde entonces devoción a tres Ramones: Don Ramón, Juan Ramón y Ramón. En el Instituto, desde una ventana que da al patio, descubro en la casa de enfrente a la chica que va a ser mi primera novia. El mundo se va completando.» Sus tres Ramones eran, por supuesto, Ramón del Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez y Ramón Gómez de la Serna.

La única vez que yo vi a nuestro compañero profundamente emocionado, hasta el punto de romper a llorar, fue cuando recibió, en diciembre de 2010, la Medalla de Oro de la Comunidad de Madrid. Y no lloró por la medalla recibida, sino al escuchar la interpretación de dos villancicos, «Alegría zagales» y «Mañanicas floridas», con letra de Lope de Vega y música de su padre, el pianista, organista, director de orquestina, profesor de solfeo y compositor, Ángel Mingote Lorente:

*Mañanicas floridas
del frío invierno,
recordar a mi Niño
que duerme al hielo.*

*Mañanicas dichosas
del frío diciembre,
aunque el cielo os siembre
de flores y rosas,
pues sois rigurosas
y Dios es tierno,
recordad a mi Niño
que duerme al hielo.*

³ A. Mingote, «Autobiografía», en *Retrato de Antonio Mingote, ob. cit.*, pág. 95.

Tras unos años en Daroca —en mayo de 1917 su padre había sido nombrado director de la Banda Municipal de la ciudad—, en 1927 la familia Mingote se trasladó a Teruel, donde Antonio estudió en el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Allí, según él, «alcanzo algún éxito como dibujante y como tiple solista en el coro»⁴. Las buenas maneras que apuntaba con el dibujo se manifestaron pronto: el 17 de julio de 1932, el diario *ABC* publicó en su suplemento *Gente menuda* un dibujo —una niña y un conejo, «Rompenueces»— que había enviado. Es imposible que aquel niño de trece años pudiera imaginar que en el futuro su vida estaría íntima y largamente vinculada a aquel mismo periódico.

Menos de un lustro después de su primera aparición en la prensa, comenzaba aquella incivil y fratricida contienda que se ha venido en denominar —nombre impropio donde los haya— Guerra Civil. Y el joven Antonio Mingote tomó partido. Él mismo relató las razones que le llevaron a ello⁵: «Nieto por parte de padre y de madre de dos veteranos carlistas, e hijo de un difuso derechista, derivo en requeté, y como tal me alisto para lo que va a ser la guerra civil. Pocos días después del 18 de julio, presencio desde el balcón de la barbería de la Plaza del Torico [Teruel], donde he ido a cortarme el pelo, la ejecución por tiro en la nuca de trece personas a cargo de unos falangistas. Llegan noticias de fusilamientos de curas y monjas y derechistas varios en la parte que permanece fiel a la República. Me pregunto perplejo en qué mundo me han metido, pregunta a la que muy difícilmente puedo contestar aún hoy».

Lo que hizo durante la guerra es algo que podemos fácilmente imaginar —primero formó parte del Tercio de Santiago, destacado en la sierra de Albarracín, que arrebató Teruel al ejército republicano, y luego, ya oficial, hizo la campaña de Cataluña con la 5.^a División de Navarra—, pero hubo un episodio, cómico en apariencia, aunque bien pudo ser trágico, que él disfrutaba recordando: cómo tomó él solo Barcelona⁶:

«Ya oficial, me incorporo a la 5.^a División de Navarra, que va a hacer la campaña de Cataluña, rompiendo el frente por Lérida. Tengo noticias de que mi madre y mi hermana están en Barcelona, en el piso que mi tío Samuel Barrachina tiene en la calle de Muntaner. (Mi padre sigue en la cárcel en Valencia.) Cuando mi batallón (el 4.º, el Regimiento de Zamora n.º 29) llega al Tibidabo, con Barcelona en sus faldas, pido permiso al comandante Trapero para ir a ver a mi madre, ahí abajo. Naturalmente, el comandante me lo niega; según los planes del Estado Mayor, no entraremos en Barcelona hasta el día siguiente. Insisto en mi petición y el comandante en su negati-

⁴ *Ibidem*, pág. 94.

⁵ *Ibidem*, pág. 95.

⁶ *Ibidem*, págs. 95-96.

va, mientras me acusa de estar loco. Sigo insistiendo. Por último el comandante me *autoriza* a hacer lo que quiera, siempre que él no se entere. Acompañado de mi asistente, Miguel Flores, emprendo decididamente la conquista de Barcelona. Bajamos marcialmente por la calle de Muntaner. La gente mira extrañada pero en silencio mi uniforme e insignias que no le son familiares. Espero no encontrarme a un militar con el otro uniforme, lo que daría lugar a cierta incómoda tirantez. Llego a casa, y una mujer desconocida me dice que la familia Barrachina se trasladó a Sitges hace dos días. Sólo queda regresar a las bases. Así que, después de tomar Barcelona, la devuelvo generosamente. (Cuento esto detalladamente porque esta fue *mi* guerra. El resto puede documentarse en docenas de relatos de unos y otros.)».

Y su aventura no acabó ahí: después de regresar a su regimiento, decidió «tomar» Sitges; esto es, visitar a su madre allí.

La relación de Mingote con el ejército no terminó con el fin de la guerra, ya que se convirtió en militar profesional, para lo cual estudió en la Academia de Transformación de Artillería de Guadalajara, de la que salió con el grado de teniente. Su primer destino fue en el Batallón de Cazadores de Montaña Pirineos II. Allí estuvo hasta 1946, cuando pasó a Madrid como profesor en la Escuela de Aplicación y Tiro de Infantería; después, ya con el empleo de capitán, fue destinado al mando de la 6.^a Compañía de carros de combate en el Regimiento Alcázar de Toledo.

MADRILEÑO DE ADOPCIÓN Y DE CORAZÓN: DIBUJANTE Y ESCRITOR

El traslado de Mingote a Madrid cambió su vida. Un nuevo mundo se abrió ante él, un mundo en el que se integró rápida y profundamente. Madrid ganó no sólo su cuerpo, sino también su alma. Empezó a colaborar como dibujante y escritor en diferentes medios, colaboraciones que terminaron por hacerle imposible continuar con la carrera militar: solicitó el pase a la situación de supernumerario en 1952, aunque continuó ligado al ejército, donde alcanzó el grado de teniente coronel con carácter honorífico⁷. Nunca, sin embargo, se arrepintió de los años que pasó en el Ejército: «No se puede decir que haya sido militar vocacional», escribió en su autobiografía, «pero estoy satisfecho de mi paso por el Ejército. Me he sometido a una vida de servicio y disciplina que creo beneficiosa y en algún aspecto enriquecedora. He cumplido, creo que con

⁷ Acerca de esta faceta de su biografía, véase *Mingote y el ejército*. Madrid, Ministerio del Defensa, 2013, el catálogo de una exposición que tuvo lugar en el Museo del Ejército, Toledo, del 4 de noviembre de 2013 al 12 de enero de 2014.

acierto y desde luego con buena voluntad, todo lo que se me ha encomendado. He convivido con personas intelectual y humanamente admirables, muy alejadas del típico y tópico militar ignorante y burdamente autoritario que algunos ejemplares de estas características, y muy notorios, han popularizado.»⁸ A finales de 1946, no mucho después de llegar a Madrid, un compañero de la pensión en la que vivía, que era amigo de Álvaro de Laiglesia, le llevó a la redacción de *La Codorniz* para que vieran sus dibujos. Gustaron y fue aceptado. Su primer dibujo apareció enseguida: en diciembre. En una carta que escribió el 11 de diciembre de 1946 a su amigo Ángel Palomino, contaba su irrupción en *La Codorniz*⁹:

«Supongo que habrás visto que he empezado a colaborar en *La Codorniz*. Pagan ridículamente mal, pero me divierto. Espero que sea posible ampliar esta colaboración que, hasta ahora, se reduce a un dibujo semanal, y creo que no todas las semanas [...] Voy a intentar colaborar con algún artículo; creo que eso se me da mejor que los chistes.»

La Codorniz había comenzado su andadura en 1941. Inicialmente, la elaboraban el director, Miguel Mihura, junto a Tono (su nombre verdadero era Antonio Lara de Gavián), Edgar Neville y Enrique Herreros, pero pronto se unieron a ellos Jardiel Poncela, Jacinto Miquelarena y Fernando Perdigüero, que había popularizado la firma *Menda* en periódicos de izquierdas. Álvaro de Laiglesia fue redactor jefe durante un breve periodo, 1942, pero el año siguiente Mihura vendió la revista al conde de Godó, quien nombró director a De Laiglesia, que mantuvo el cargo durante los siguientes 33 años. «Es natural que a los jóvenes les resulte difícil imaginar lo que significó la aparición de *La Codorniz*», manifestó Mingote en su discurso de entrada en la Real Academia Española, discurso dedicado a *La Codorniz* y a otra revista de humor, *Madrid Cómic*, «como les tiene que resultar difícil imaginar el país en que aquello sucedía, la España de la posguerra civil, arruinada, entristecida, marginada [...] con unos gobernantes empeñados en celebrar jubilosamente la victoria de unos españoles sobre otros, y recordar a los vencidos que lo eran y habían de pagarlo, lo que fomentaba el desconsuelo y el resentimiento. *La Codorniz* fue una ventana abierta al aire limpio, el mismo para todos: un refugio para los viejos y una esperanza para los jóvenes.»¹⁰ Diecisiete años más tarde, en otra ocasión solemne, la de su investidura como doctor *honoris cau-*

⁸ A. Mingote, «Autobiografía», *ob. cit.*, págs. 96-97.

⁹ Á. Palomino, «Encuentro con Antonio Mingote», en *Retrato de Antonio Mingote*, *ob. cit.*, pág. 80.

¹⁰ Antonio Mingote, *Dos momentos del humor español. Madrid Cómic - La Codorniz*, Madrid, Real Academia Española, 20 de noviembre de 1988, págs. 27-28.

sa por la Universidad de Alcalá de Henares, añadiría¹¹: «si hemos renunciado a la violencia y preferimos el diálogo, a ser posible con risa, si somos más civilizados que nuestros abuelos, lo debemos, en gran parte, a *La Codorniz*».

Pocos años después de comenzar su colaboración con *La Codorniz*, Mingote inició una actividad (1951-1953) para la Agencia Clarín, que, de una manera u otra, no abandonó nunca: la de hacer dibujos para publicidad. Probablemente cerca de doscientos carteles, si no más, surgieron de esa faceta laboral suya.

Con la experiencia que obtenía de *La Codorniz*, en 1954 aceptó dirigir el semanario humorístico *Don José*, que publicaba el diario *España* de Tánger, un periódico fundado en 1938 por orden de Juan Beigbeder, Alto Comisario de España en Marruecos, siendo su primer director Gregorio Corrochano, empresario y crítico taurino de *ABC*. Dirigió los cien primeros números de aquel semanario, que sobrevivió hasta 1971.

En un plano más personal, o íntimo, hay que señalar que en febrero de 1955 se casó por primera vez (fruto de aquel matrimonio fue su único hijo, Carlos).

Además de dibujante, Mingote mostró muy pronto una fuerte vocación literaria. La primera manifestación del Mingote escritor fue *Las palmeras de cartón*, una novela que publicó la editorial Cremades en 1948, con dibujos de Lorenzo Goñi, y que fue, según sus propias palabras, «fruto del acarreo de distintos materiales humorístico-poético-fantástico-sentimentales»¹². El año siguiente dio a la imprenta otra novela, pero esta vez bajo el pseudónimo de Antony Mask, publicada en la editorial de Saturnino Calleja: *Ojos de esmeralda*. Ambientada en Nueva York, ciudad que por supuesto él no conocía, se sirvió de un mapa para ambientarla. Fue una obra que su autor se esforzó en olvidar¹³. «Anthony Mask», confesó en una entrevista al periodista Antonio Astorga, «era el pseudónimo con el que firmaba mis novelas policiacas [...] En aquellos tiempos, una novela policiaca que llevara en la cubierta el nombre de un autor español, se vendía mal. Se vendía peor que si el autor era anglosajón.»¹⁴ En 1953, y respondiendo a un encargo de Joaquín Calvo-Sotelo para la colección «La novela del sábado» de Prensa Española, publicó una novela del oeste: *Los revólveres hablan de sus cosas*¹⁵.

¹¹ Antonio Mingote, «Discurso de investidura como doctor honoris causa del Excmo. Sr. D. Antonio Mingote Barrachina», Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 15 de diciembre de 2005, pág. 26.

¹² Á. Palomino, «Encuentro con Antonio Mingote», *ob. cit.*, pág. 82.

¹³ Como me explicó su esposa, Isabel Vigiola, cuando años más tarde visitó por fin Nueva York, se orientó por la ciudad basándose en lo que recordaba del plano que utilizó para *Ojos de esmeralda*.

¹⁴ *ABC*, 17 de enero de 2009.

¹⁵ Sobre estas obras, y en general la actividad novelística de Mingote, véase José María Ferri Coll, «La narrativa humorística de un novelista serio: Antonio Mingote», *Anales de Literatura Española*, 19, 39-58, 2007.

Aquellos fueron los comienzos de una actividad que Mingote nunca abandonó: la de escritor. A lo largo de toda su vida, el lápiz y el pincel de Antonio dejaban paso con frecuencia a la pluma, de la que salieron novelas, cuentos, libretos para revista, guiones o ensayos, algunos de carácter histórico. De sus novelas de, digamos, madurez, recordaré dos: *Adelita en su desván* (Planeta, 1991) y su póstumo *El diario de Hamlet* (Planeta, 2012), «la historia del príncipe danés contada por él mismo». En la primera, la protagonista es una joven, Adelita, cándida y romántica, que vive en un pueblecillo español y que en 1909 descubre a un conde de la Edad Media que por un hechizo se convirtió en rana. Por supuesto, Adelita le da un beso y la rana se convierte en hombre, pero la joven no sabe qué hacer con él y lo esconde en el desván de su casa sin que se entere su padre. Al final, Adelita se casa con Anselmo Encinas, un registrador de la propiedad, que se hizo cargo del niño que esperaba del conde.

Fruto también de su actividad literaria fue *El caer de la breva* (Planeta, 2010), una colección de ensayos breves. Abusando un tanto de mi posición de autor de esta necrológica, recordaré uno de ellos que me interesa más por mis propias actividades profesionales, el titulado «Einstein», que comienza de la siguiente manera: «Después de contemplar el cielo estrellado y repetirse a sí mismo que ‘hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana’, Alberto Einstein decidió que tenía hambre y salió camino del restaurante de la esquina cuya reciente inauguración le anunciara la señora Einstein antes de su imprevisto viaje. Pensaba el sabio que aunque ‘todos somos ignorantes, sólo que no todos ignoramos las mismas cosas’, habría que celebrar el éxito de público y crítica (más de crítica que de público) que estaba teniendo su fórmula $E=mc^2$, fruto de su constante discurrir siguiendo el autoconsejo: ‘Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo’».

Es innegable que como escritor de ficción, Mingote no alcanzó la altura a la que llegó como dibujante; sin embargo, reivindicaba el tipo de literatura que practicó, a la que, tal vez, podemos calificar de menor, aunque él prefería denominarla «de evasión». Veamos lo que escribió en este sentido en un cuadernillo de un calendario correspondiente a «Enero 1980»¹⁶:

«Literatura de evasión»

¿Por qué ha de ser menos importante que la otra? La de evasión exige tanta imaginación, tanta fantasía, tanto sentimiento, tanto arte, tanto conocimiento del hombre, de sus pasiones, de sus virtudes y defectos. ¿Por qué el problema de la incertidumbre

¹⁶ En posesión de Isabel Vigíola de Mingote.

de un hombre entre el ser y la nada (pongo por ejemplo ilustre) ha de ser más importante, trascendental, profundo, literario que el problema de un señor entre una mujer rubia y guapa y una morena y tonta? Cuando este problema —o alguno parecido— es mucho más universal y corriente. Lo del ser y la nada sólo preocupa a siete u ocho».

En el dominio ensayístico-histórico, con ilustraciones eso sí, su primera gran contribución fue *Historia de la gente*, que comenzó a publicar en 1954, en entregas semanales, en la revista *Semana*. En 1955 apareció como libro, publicado por Taurus, que lo reeditó en 1962 y 1963. En 1980, empezó a aparecer una nueva versión en el suplemento dominical de *ABC*, a la que él mismo se refirió en los siguientes términos en una subsiguiente edición, publicada por Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores en 1997¹⁷: «Hace casi medio siglo publiqué una primera versión de ésta, escrita y dibujada, en la revista *Semana*, animado por el inolvidable Manuel Halcón, que entonces la dirigía. Varios años después, en un ambiente de libertad, repetí la faena con una segunda versión en el dominical de *ABC*, sin conservar otra cosa que el título, por decir lo que entonces no se hubiera tolerado.» Aquella edición apareció en 1984 en formato de libro, publicada por el Círculo de Lectores y Prensa Española, pero sin incluir todas las ilustraciones que había preparado: estas se publicaron finalmente en la versión de 1997, completando así una obra extraordinaria en la que los numerosos y magníficos dibujos no deberían ocultar el esfuerzo que Mingote puso en recoger los principales momentos de la historia de la humanidad. Sería posible, por supuesto, comentar múltiples aspectos de la recopilación y selección histórica mingotiana, pero yo quiero destacar, por encima de todo, algo que es, en general, una característica de la obra de nuestro querido compañero: cómo utilizaba sus dibujos para socavar mitos, y la solidaridad compasiva que muchos de ellos transmitían. Vayan como ejemplo dos dibujos: en el primero, en el capítulo dedicado a la conquista y colonización de América por los españoles, vemos a uno de éstos, dormido y roncando, y a su lado una bella indígena, que incorporada (ambos están desnudos pero cubiertos de cintura para abajo por una sábana) observa a su compañero de cama; en el texto del dibujo se lee: «El comportamiento de los españoles en la cama hizo ver a las indias que se trataba simplemente de hombres corrientes y no de dioses inmortales». En el otro dibujo, ya en los últimos compases del libro, señalando que «ya no hay países libres y países sojuzgados —salvo las excepciones, ya se dijo —sino países ricos y países pobres»—, vemos a dos mujeres africanas; una sostiene un

¹⁷ Antonio Mingote, *Historia de la gente*. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1997; texto de solapa.

niño, de esos que por desgracia aparecen con frecuencia en fotografías y reportajes de televisión para ilustrar hambrunas, esto es, esquelético y con una cabeza enorme comparada con el resto de su cuerpo; y el compasivo dibujante Antonio Mingote escribía¹⁸: «Explorada la Tierra y sobradamente conocida hasta sus más apartados rincones, las Grandes Potencias se disponen a gastar enormes cantidades de dinero en la exploración de otros planetas». Bien lo comprendió su íntimo amigo Rafael Azcona cuando escribió en el «Prólogo» (1957) a *Pequeño planeta* (una colección de dibujos)¹⁹: «Mingote, además de ser uno de los humoristas que a más altura artística e intelectual ha elevado la línea hecha humor, trabaja siempre a caballo sobre la ternura. Nunca llega a ser cruel, porque no quiere o no puede serlo, y si bien es cierto que mueve su mano la irritación que le producen las flaquezas, debilidades y tonterías propias del género al que pertenece, nunca consiguen estas cosas hacerle olvidar que son humanas y, por tanto, obligadas en el hombre».

«La *Historia de la gente*», dijo Lázaro Carreter al contestar al discurso con el que Mingote tomó posesión de su sillón en la Real Academia Española, «bajo su piel regocijante, es una obra maestra del pesimismo hispano. Ilustra a la perfección el talante preocupado y la empresa ética en que su autor anda comprometido. Porque no odia al género humano, antes bien, aspira a que éste corresponda a su amor, y comparta sus anhelos de cultura, paz y bondad. Pero, como los amantes experimentados, no se forja ilusiones, y los protagonistas de su libro, todos nosotros, no llegamos como Critilo y Andrenio, a un final feliz, sino a esa desolada pareja que, en una tarde invernal, mirándonos a los ojos nos dice: “Ojalá el futuro sea sólo tan malo como dicen.” La ironía humorística es el clavo a que Mingote se agarra para no perder la esperanza».²⁰

Otras obras de naturaleza parecida a *Historia de la gente*, y que exigieron de Mingote similares esfuerzos de documentación, son *Historia del traje*, publicada por primera vez en 1963 y reeditada varias veces, la última por Círculo de Lectores en 1990, e *Historia de Madrid*, de la que apareció sólo un tomo, «Desde la prehistoria hasta Felipe II», publicado por Taurus (1961), con una segunda edición (1992) en el Grupo Libro 88 titulada «Desde la prehistoria hasta la muerte de Cervantes».

Y, aunque no sé muy bien en qué categoría incluirlo, no es posible olvidar su gran éxito: *El mus. Reglamento, técnica, vocabulario*, publicado por primera

¹⁸ *Ibidem*, págs. 233 y 415.

¹⁹ Reeditado en 2013 por Pepitas de Calabaza (Logroño), pág. 18.

²⁰ Fernando Lázaro Carreter, «Contestación», en *Dos momentos del humor español, ob. cit.*, pág. 46.

vez en 1965 (Myr Editorial, Madrid), del que se han hecho más de treinta ediciones y con el que decenas de miles de españoles aprendieron a jugar al mus.

También compuso libretos para revistas musicales: el primero (1951-1953), en colaboración con Manuel Martínez Remis, uno de sus contertulios en el café Varela, se estrenó en el Teatro Victoria del Paralelo barcelonés con música del maestro Moraleda; el segundo, esta vez en colaboración con Tono, Jorge Llopis y Soriano de Andía y música de Augusto Algueró y Daniel Montorio, fue para una revista que se tituló *Al rico bombón*, *Eladio*, estrenada en el Teatro Maravillas de Madrid en 1959, con Conchita Bautista de primera vedette. Aquel mismo año, preparó los figurines y decorados de *Golfus de Roma*, que José Osuna dirigió en el Teatro Maravillas. Tres años después hacía lo mismo para *Los caciques*, de Carlos Arniches, estrenada en el Teatro María Guerrero. En 1974 escribió el libreto para *El oso y el madroño*, al que puso música Mario Clavell y que tuvo a Marujita Díaz al frente del reparto. De guiones para películas, mencionaré el que escribió en 1969 junto al productor de cine José Luis Dibildos para *Soltera y madre en la vida*, que protagonizaría Lina Morgan. Más tarde llegarían los guiones de *Pierna creciente, falda menguante* (1970), *Españolas en París* (1971), ambas protagonizadas por Laura Valenzuela, *Hasta que el matrimonio nos separe* (1976), que contó con la actuación de José Sacristán y María Luisa San José, y *Vota a Gundisalvo* (1978), con Antonio Ferrandis (Gundisalvo era uno de los personajes —un político— que creó para sus chistes). Y en televisión, a petición de Narciso Ibáñez Serrador, entonces director de programas dramáticos de TVE, escribió los guiones para la serie *Este señor de negro*, que tuvo bastante éxito. Incluso hizo de actor: en la película *Los que tocan el piano* (1968), dirigida por Javier Aguirre, en la que también actuaban Tony Leblanc, Concha Velasco, Alfredo Landa, José Bódalo y Rafaela Aparicio.

Pero no es mi intención continuar por esta senda, componiendo un repertorio completo de los resultados de estas actividades de Mingote; más bien, lo que pretendo con los ejemplos anteriores es mostrar cuán profundamente se integró en la vida social y cultural madrileña, en donde surgían y se realizaban la mayoría de aquéllas actividades. En la capital de España, Mingote encontró, no sólo magníficas oportunidades para trabajar, sino también un lugar, un ambiente, un creciente círculo de amistades, que se ajustaban perfectamente a sus gustos y personalidad, una personalidad, como ya apunté, en cierto sentido extraña, mezcla de inclinación a lo privado, al recogimiento pensativo, con la afición a las tertulias entre amigos, a la alegría desenfadada compartida. En otro tipo de sociedad, diferente a la madrileña, posiblemente no habría desarrollado tantas actividades, con las que, por otra parte, disfrutó enormemente. Madrid hizo de él uno de sus hijos predilectos —en 1982, Enrique Tierno Galván le nombró «alcalde honorario del parque del Retiro», lugar que fre-

cuentaba en paseos diarios— y él correspondió: huellas de ese amor correspondido se encuentran en numerosos lugares, desde las placas con que el Ayuntamiento de Madrid quiso celebrar comercios centenarios como Lhardy, Casa Mira, la antigua Pastelería El Pozo, la farmacia de Arenal 2, a los carrilones de la antigua Relojería de la Calle de la Sal y del edificio de Seguros Plus Ultra, en el número 8 de la Plaza de las Cortes, frente al Hotel Palace (cinco figuras, más un perrito que acompaña a la duquesa de Alba, situada ésta entre Goya y Carlos III; fueron esculpidas por Nicolás van Ronkenstein). Y cómo olvidar los murales de cerámica que se encuentran en la estación del Metro de Retiro (realizó el diseño en 1987), los dibujos que adornan la fachada del edificio situado en el número 8 de la calle del Duque de Osuna, junto a la plaza de los Cubos, y los del número 1 de la calle de la Sal, o los monumentales decorados que preparó para cubrir la Puerta de Alcalá mientras era restaurada en 1992. Madrid, en suma, fue parte de Antonio Mingote lo mismo que él lo fue y es de ella, incluso ahora cuando ya no se encuentra entre nosotros.

ABC

Al ir desgranando las actividades literarias de Antonio Mingote, me he saltado un apartado fundamental en su biografía: el del comienzo de su colaboración diaria con el periódico *ABC* (antes lo había hecho con *La Tarde*, que dirigía Víctor de la Serna, y con *Informaciones*). Fue el 13 de junio de 1953 cuando *ABC* publicó su primer chiste. Se trataba de un hombre que está tomando el café, acaso desayunando, mientras lee el periódico, que tapa toda su visión, de manera que no puede ver que la silla que debía ocupar su esposa está vacía y que justo detrás del periódico hay una bomba a punto de estallar. En estas, el hombre dice: «Veo que ya no protestas de que lea el periódico en la mesa, querida. Celebro que te vuelvas tan razonable». Desde entonces hasta que la enfermedad minó tanto sus fuerzas que ya no pudo continuar con su tarea de una viñeta diaria (y aun así, siguió ocupando su lugar de siempre en *ABC* con otras recuperadas), no faltó ni un solo día su dibujo: más de 24.000 aparecieron en *ABC*, *Blanco y Negro* y el suplemento dominical. No es exagerado decir que *ABC* fue uno de los dos grandes amores de la vida de Antonio Mingote (el otro fue su esposa Isabel Vigíola, a la que se unió en 1966)²¹. Como mani-

²¹ Isabel Vigíola, a la que conoció a través de Edgar Neville, no sólo puso orden en la vida de Mingote, también cuidó de su salud, de sus relaciones laborales y personales, de sus papeles y dibujos. Soy testigo del profundo amor que ambos se profesaron, amor que Isabel mantiene, a la vez que cuida y ordena el legado de su marido, de una forma ejemplar y admirable.

festó a Ángel Palomino²²: «Mis relaciones con *ABC* son amorosas, no laborales. Y son, ya, un amor para toda la vida».

Fue gracias sobre todo a su constante y dilatada presencia en *ABC* como Antonio Mingote llegó a ocupar la relevante posición social que hizo de él un referente para cientos de miles de familias españolas, cuya visión de la realidad se vio influida poderosamente por lo que manifestaban sus dibujos y comentarios (es indudable, asimismo, que *ABC* también conservó muchos lectores gracias a sus viñetas). «Durante los últimos setenta años», escribió Luis María Anson, el durante tantos años director suyo en *ABC*, a quien Mingote, me consta, admiraba y quería profundamente, «Mingote colocó un espejo delante de la sociedad española para reflejarla como es, para explicarnos, con humor y ternura, cómo somos. El asombroso dibujante no ocultó nunca su admiración por el ácrata, por el pasota, por el vagabundo al borde del camino, por el escritor que luchaba por escapar de la cripta de la dictadura, por el periodista que denuncia el dogmatismo estéril, por el ciudadano que combate el inmovilismo, por los hijos de la ira, cobijados apenas bajo los harapos de la Historia»²³.



²² Á. Palomino, «Encuentro con Antonio Mingote», *ob. cit.*, pág. 89. Inmediatamente después, por cierto, y respondiendo a otra pregunta de Palomino, la de si se identificaba «totalmente con *ABC*», Mingote respondía: «No, claro que no. Tampoco me identificaba plenamente con mi padre. ¿Y eso qué tiene que ver?».

²³ Luis María Anson, «Mingote», *El Mundo*, 4 de abril de 2012.

LIBROS ILUSTRADOS Y *EL QUIJOTE* DE MINGOTE

En la bibliografía mingotiana figuran también un elevado número de títulos que recogían dibujos suyos, como *Fray Escoba* (Secretariado Martín de Porres, Palencia 1958), con guión de Emilio Lapayese y prólogo de José María Sánchez Silva, en el que reconstruía con dibujos comentados la vida de San Martín de Porres, el fraile dominico peruano que vivió en los siglos XVI y XVII (1579-1639). La mayoría, no obstante, eran recopilaciones de viñetas ya publicadas. La lista es larga y difícil de determinar; ahí está, por ejemplo, la *Colección Mingote*, compuesta de antologías de chistes con títulos como *La motorización*, *Serios, decentes e inmutables*, *Los inevitables políticos*, *Desarrollándonos*, *Las fiestas nacionales* y *25 años de Madrid (villa interminable)*, todos estos publicados por MYR Ediciones en 1973, y *Señoras y señoritas*, *Ricos y pobres*, *Justos e injustos*, *La ciudad*, *El pueblo* y *El toro y el balón* (Ediciones B, 2006). También otros como *Mingoterapia* (PPC, 1994), con prólogo de Chumy Chúmez.

Uno de esos libros recopilatorios, por el que tengo especial predilección, es *Serán ceniza, mas tendrán sentido* (Luca de Tena Ediciones, Madrid 2006). Mi ejemplar es un regalo de Mingote, y en la dedicatoria con que lo adornó escribió: «Este libro, dedicado a los que conformaron el mundo en el que uno se encontraba más o menos incluido [...]». Estaba, en efecto, dedicado a personas que habían sido importantes, las hubiera conocido o no, en su vida, personas a las que había dedicado obituarios dibujados, «chistes necrológicos», un género ahora extendido, pero que él creó. El primero —de un total de 160— que abría la lista era Pío Baroja (se había publicado el 1 de noviembre de 1956) y el último Carlos Luis del Valle-Inclán Blanco (28 de julio de 2006), primogénito de don Ramón. Entremedias aparecían semblanzas de, entre otros, Ramón Gómez de la Serna, John F. Kennedy, Ramón Menéndez Pidal, Nikita Kruschef, Picasso, al que se ve llegando al cielo, mientras, sentados en una nube, le esperan Goya y Velázquez, Francisco Franco —esta viñeta es una de mis favoritas: en ella se ve un libro, con una página pasando, pero mientras la última está escrita, la nueva está en blanco; un futuro, el de España, por escribir tras el fallecimiento del dictador—, Charles Chaplin, Luis Buñuel, Dámaso Alonso, Greta Garbo (un viejo lee en un periódico la noticia, y llora; al ver que llega su nieto dice: «A ver cómo le explico yo a mi nieto estas lágrimas»), don Juan de Borbón, Lola Flores, Emilio Alarcos, Miguel Gila o Adolfo Marsillach, y por supuesto amigos suyos como Edgar Neville, Miguel Mihura, Juan Ignacio Luca de Tena, Tono, Álvaro de Laiglesia, Luis Sánchez Polack, «Tip», Torcuato Luca de Tena, José Luis Dibildos, Chumy Chúmez, Ángel Palomino o Jaime Campmany.

Un libro como este, muestra con claridad el largo recorrido que fue la vida de Antonio Mingote, y lo alerta que estuvo a lo principal que sucedió en ella,

en el mundo, el mundo «de aquí», el que le fue más cercano, el español, y «el de allá», el internacional. Muestra también ese libro, cuántas pérdidas, de amigos y de conocidos, tuvo que soportar por gozar del privilegio de vivir, con lucidez, 93 años. Recuerdo que un día me dijo: «¿Sabes? Es una putada esto de hacerse viejo. Ya casi no me quedan amigos. Se me han muerto prácticamente todos».



Además de las recopilaciones de dibujos suyos, Mingote también frecuentó la tarea de ilustrar libros con textos de otros. Ejemplos en este sentido son: *Los ilusos* (Arión, Madrid 1958; Ediciones del Viento, La Coruña 2008), de Rafael Azcona, *El arte de llamarse Pepe* (Editora Nacional, Madrid 1964), de José Artigas, *Cinco historias de opositores; y once historias más* (Prensa Española, Madrid 1968), de Joaquín Calvo-Sotelo, *La venganza de don Mendo*, de Pedro Muñoz Seca (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona 1994), *El cuento erótico griego, latino e indio*, de Francisco Rodríguez Adrados (Ediciones El Orto, Madrid 1994; Ariel, Barcelona 2013), *Zapatero, a tus zapatos* (Ediciones B, Barcelona 2004), con Alfonso Ussía, *Del idioma español y su futuro* (Espasa-Calpe, Madrid 2008), de Antonio Lamela, *Historia de la pintura* (Espasa, Madrid 2010), de José Antonio Marina. Con quien esto escribe, José Manuel Sánchez Ron, preparó (fue un diálogo entre dibujo y escritura), *¡Viva la ciencia!* (2008), *El mundo de Ícaro* (2010) y *Una historia de la medicina* (2013), los tres publicados por Crítica (el último no llegó a verlo publicado).





y así, del poco dormir y del mucho leer...

Sin embargo, ninguna de estas u otras obras ilustradas pueden competir con lo que bien se puede considerar como una de sus obras cumbres: la ilustración de *El Quijote*, en la edición de Martín de Riquer, una empresa que le llevó años y que culminó en una lujosa edición en dos tomos publicada por Planeta en 2004. Seiscientas ilustraciones componían aquella edición que, frente a lo que pensaban los editores de Planeta, se agotó con gran rapidez. No es difícil, por supuesto, imaginar qué le llevó a semejante exigente empresa, pero él mismo lo explicó en el discurso que pronunció al recibir el título de doctor *honoris causa* por la Universidad de Alcalá de Henares el 15 de diciembre de 2005²⁴: el «deseo de ayudar a comprender ha sido lo que me impulsó tiempo atrás a ilustrar *El Quijote*, hacer ver, sobre todo a los jóvenes, por medio de unos dibujos

²⁴ A. Mingote, «Discurso de investidura como doctor honoris causa del Excmo. Sr. D. Antonio Mingote Barrachina», *ob. cit.*, págs. 25-26.

con humor lo divertida que puede ser la lectura de un libro donde tantas cosas divertidas suceden, un libro que su autor quiso que fuera cómico. Y lo es además. Del *Quijote*, que es tantas cosas, siempre hay que decir además. De modo que el lector se divierte además de enaltecerse, de sentir y comprender, reír, llorar acaso, como el poeta romántico dijo que lloraba, entender de la justicia, la grandeza, la miseria y el heroísmo, la crueldad, la amistad, incluso el amor. Comprender en fin por qué *El Quijote* es un libro inmortal que a todos nos honra y enaltece, y que si los españoles tenemos motivos para ser orgullosos este es tal vez el principal.»

HOMBRE SOLO

Si las ilustraciones de *El Quijote* constituyen una de las obras cumbre de Mingote, *Hombre solo* es otra, acaso «la otra». Entre «los diez mejores libros del siglo XX español figura *Hombre solo*», ha afirmado Luis María Anson²⁵. La versión definitiva de esta obra apareció en 2008 (Planeta); era la refundición y ampliación de dos libros previos: *Hombre solo* (1970) y *Hombre atónito* (1975).

Hombre solo es un producto coherente con la, ya señalada, faceta íntima y retraída de la personalidad de Mingote. Es casi un silencioso tratado filosófico. Dibujos sin una sola palabra (salvo alguna en unos pocos casos); dibujos que, sin embargo, agitan dolorosamente nuestras almas porque muestran lo más profundo que hay en ellas: amor, ilusiones y sueños no realizados, desamparo, tristeza, alegría y, claro, soledad, mucha soledad. Somos una especie gregaria, pero formada por individuos que, a la postre, más tarde o más temprano, tienen que enfrentarse a la soledad. Todos los dibujos que componen *Hombre solo* representan ese caleidoscopio de situaciones y sensaciones, pero hay uno que lo hace, para mí, de una manera particularmente conmovedora: un hombre, posiblemente en la cincuentena, casi completamente calvo y no muy agraciado, con un pincel en la mano tintado de color rojo, se ha pintado en la mejilla, mirándose en un espejo, unos labios de mujer; el beso imaginado de la mujer cuya fotografía yace a su lado sobre la mesa.

ARTE, HUMOR Y POLÍTICA

Recordamos y honramos a Antonio Mingote por los dibujos que nos dejó, dibujos que encerraban y mostraban visiones del mundo, de la realidad coti-

²⁵ L. M. Anson, «Mingote», *ob. cit.*

diana, esa que nos alegra o consuela, pero también la que nos asquea y desespera. Ahora bien, ¿cómo se veía él?, ¿qué idea tenía de sí mismo? ¿Terminó siendo lo que, acaso, al principio quiso ser? «Mi vocación primera», confesó en su autobiografía, «fue la pintura y mi pretensión inicial la de pintar una o varias capillas sixtinas o, en su defecto, preciosos retratos al óleo de señoras guapísimas con collar. Reflexiones posteriores me llevaron al convencimiento de mi incapacidad para tan gloriosas empresas, lo que me produjo, por una parte, un sentimiento de alivio al verme libre de subirme a los andamios o enfrentarme con modelos pesadísimas, lujosamente enjaezadas; por otra, el recuerdo de mis pueriles ambiciones me dieron tanta risa que me apliqué con frenesí a hacer caricaturas»²⁶.

De todas maneras, a pesar de cómo se veía, o presentaba, él mismo con relación a sus habilidades artísticas —volveré a esta cuestión más adelante—, cultivó y dominó una amplia variedad de registros. «Su dibujo, inicialmente realista, se hizo enseguida picassiano», según la acertada caracterización de Víctor García de la Concha²⁷. Incluso practicó el arte del óleo, aunque llegase a él tardíamente, ya cumplidos los setenta (no es demasiado conocida esta faceta suya, sin embargo se hicieron algunas exposiciones de sus cuadros, siempre con gran éxito). De los que conozco, mis favoritos son: «Medieval» (2003), «El juicio de París» (1994), «Evocación de Teruel» (1996), pero, sobre todo dos: «Goya» (2003) y el deslumbrante «Menina» (1995), que en su versión de grabado sobre papel lleva un lema que se ha hecho célebre: «Hay días en que no se le ocurre a uno nada».

En el discurso que pronunció al ser investido doctor *honoris causa* en Filosofía y Letras por la Universidad de Alcalá de Henares abrió otro escondrijo de su modesta alma al señalar²⁸: «Quiero navegar por el océano de lo pasajero (¿es que el periódico, mi ámbito, no tiene el sello de lo pasajero?) y, a ser posible, regocijante. Y tal vez con alguna incursión en la locura, la divina donación, que dijo Sócrates». Para Mingote, como para aquel filósofo ágrafo, «los bienes mayores los proporciona la locura mientras que de la cordura pocos beneficios o ninguno se puede esperar». «Pero es la locura pacífica», añadía, «la locura fingida, la locura del bufón que se aprovecha de su título para decirle cuatro frescas al rey. La locura pacífica del humorista que comenta lo que pasa

²⁶ A. Mingote, «Autobiografía», *ob. cit.*, pág. 82.

²⁷ Víctor García de la Concha, «Vida y obra de Antonio Mingote», en M. L. Burguera Nadal, *Mingote y su tiempo*, *ob. cit.* págs. 13-15; en pág. 13.

²⁸ A. Mingote, «Discurso de investidura como doctor honoris causa del Excmo. Sr. D. Antonio Mingote Barrachina», *ob. cit.*, pág. 24.

buscándole al gato de la actualidad los tres pies de la incongruencia, de la ridiculez, de la crueldad. De la injusticia en suma. Sobrevolando la noticia, no por orgullo o vanidad sino procurando esa lejanía necesaria para encontrar la perspectiva que permite descubrir la realidad de las cosas, porque con frecuencia hay que alejarse de las cosas para verlas en su totalidad, como realmente son, que es cuando resultan tan chocantes».

También en aquella solemne ocasión abordó un apartado que no es posible obviar al intentar reconstruir su biografía y obra: la de las críticas políticas que encerraban algunas de sus viñetas²⁹: «Decía Goethe (y perdón otra vez, pero es que Goethe nos sale mucho a los filósofos) que si un poeta se entrega a un partido político está perdido como poeta, tiene que decir adiós a su espíritu libre y a su visión amplia (son sus palabras), y encasquetarse la visera de la estupidez y el odio ciego. Y lo que se dice de los poetas sirve para los humoristas, sus parientes más próximos. No se puede hacer humor desde la ideología política (ni desde ninguna otra, me parece).»

Más de uno pensará que debió ser difícil para Mingote cumplir con semejantes ideas cuando su gran escaparate fue un periódico, el *ABC*, con una ideología bastante bien definida. Al margen de que, de una manera u otra, más o menos explícita o fija, todos los periódicos participan de alguna inclinación ideológica, nunca se cansó de decir que jamás había recibido de *ABC* indicaciones de cómo orientar sus viñetas. Esto no quiere decir, naturalmente, que él, como todos, no tuviese una visión del mundo, que, inevitablemente, poseía dimensiones políticas, ni que no practicase en alguna ocasión la autocensura. Es difícil que hubiera sido de otro modo; recordemos, en este sentido, lo que escribió otro querido compañero nuestro, también ausente ya para siempre, Carlos Castilla del Pino³⁰: «El chiste —el humor en general— responde a una de las formas de expresión crítica, absolutamente necesaria en toda formación social. El “boom” del humor en España es el resultado de la represión, del angostamiento de toda otra forma de realización crítica, y entraña la identificación subrepticia del lector con aquel que es capaz de ejercerla. Por otra parte, cuando la crítica radical no es permisible, el poder mismo se ofrece como muy fácil blanco para el humor, en la medida en que, por el divorcio existente con la restante realidad social, adquiere caracteres esperpénticos».

²⁹ *Ibíd.*, pág. 23.

³⁰ Carlos Castilla del Pino, «Tipología y dinámica del humor», en *¿Retirarse en España? El humor español en el banquillo*, Diego Galán, comp., Valencia 1974, págs. 219-221; reproducido en Carlos Castilla del Pino, *Obras completas*, vol. V (1975-1979), Córdoba, Fundación Castilla del Pino/Universidad de Córdoba, 2011, págs. 181-183.

No hay que buscar mucho para encontrar manifestaciones de esa dimensión «crítico-política» de los dibujos de Mingote, más bien lo contrario, pero una muestra particularmente clara de ella son las viñetas que aparecen en el libro —otro libro ilustrado— que firmó con Alfonso Ussía, uno de sus mejores amigos, *¡Que se vayan!* (2010). El entonces presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, sin duda el personaje que más viñetas ocupa, y de las que no sale muy bien parado que digamos, los nacionalismos, el vasco y el catalán, el terrorismo, políticos como Mariano Rajoy, José Blanco o Iñaki Anasagasti, y las ideologías estrechas y excluyentes, constituyen temas preferentes en el humor mingotiano de ese libro, en el que sin embargo no faltan otros, que ayudan a comprender la visión de la realidad que nuestro ya ausente compañero tenía, incluyendo combatir la, precisamente, excesiva politización de la vida española. Así en una de las ilustraciones se ve a un niño (con chapela) que le dice a una niña, ambos sentados en el banco de un parque³¹: «Lo que me parece sospechoso de las matemáticas es que no tiene ideología». En cuanto a su sutil ironía, a su descreimiento profundo, lo encontramos en, por ejemplo, el pie de un dibujo en el que se ve a un hombre meditando³²: «La gillipollez de los piadosos derechistas no merece el mismo trato de los descreídos izquierdistas, porque, curiosamente, lo que dicen y hacen estos es lo que va a misa». Y en una viñeta en la que se retrataba a él mismo, mientras dibujaba en su despacho, se le ve diciendo, o pensando³³: «Está comprobado: un dibujante puede provocar la indignación y hasta el odio de millones de musulmanes con una simple caricatura. El orgullo que me produce tanto poderío se anula con la humillación y la vergüenza de pertenecer a esta nuestra especie humana, tan idiota». Para Mingote, el chiste gráfico en la prensa era «como el rellano de la escalera que subimos resoplando. El lector se repone allí de la fatiga que produce una penosa lectura, dramática en ocasiones, poco satisfactoria casi siempre y a menudo conflictiva. El humorista le espera en el rellano para decirle una broma, interpretando un suceso, darle una explicación que mitigue el desconsuelo, hacerle la cosquilla de un chiste, lamentar con él una desgracia, ofrecerle el alivio de una compañía comprensiva»³⁴.

De todas maneras, independientemente de que algunos, o muchos, de sus dibujos y chistes tuviesen una indudable carga política, en el fondo el espíritu

³¹ Alfonso Ussía y Antonio Mingote, *¡Que se vayan!* Planeta, Barcelona 2010, pág. 322.

³² *Ibídem*, pág. 254.

³³ *Ibídem*, pág. 98.

³⁴ A. Mingote, «Discurso de investidura como doctor honoris causa del Excmo. Sr. D. Antonio Mingote Barrachina», *ob. cit.*, pág. 25.

liberal y desengañado de Mingote tuvo dificultades con lo que habitualmente se denomina «política». Es ilustrativo en este sentido una de sus anotaciones en el ya citado cuadernillo de calendario «Enero 1980»:

«*Política.*

Difícilmente puedo discutir de política con nadie, porque soy incapaz de *comprender* las ideas adversas a las mías; de modo que no es que me parezcan bien o mal es que no se entiende cómo se puede tener que dos y dos no pueden ser más que cuatro, y en esto de las ideas políticas parece que pueden ser varias otras cosas.

Esto significa mucha torpeza por mi parte, elementalidad y falta de sutileza. Los grandes dialécticos *conocen* el mecanismo del contrario y pueden combatirlo.

Yo no puedo poner una carga de dinamita en una casa porque no sé dónde están las columnas fundamentales, ni siquiera sé si hay columnas, ni siquiera si existe la casa.»

Se daba cuenta, asimismo, de los límites del humor. En otra entrada del cuadernillo «Enero 1980», titulada «Humor español», escribía: «Es difícil para el español hacer humor descomprometido, humor por el humor, porque siempre ha pendido sobre su cabeza la amenaza del hambre, de la persecución. No se puede hacer humor sobre los pianos de cola, cuando ayer entró un teniente coronel de la Guardia Civil en el Congreso y amenazó con su pistola a los diputados. Es imposible bromear sobre las señoras vestidas de membrillo (o de otro color) cuando oyes a jóvenes cristianos (cristianos, oiga usted) gritándole al teniente coronel: ‘¡Tejero, mátalos!’». No se puede hacer poesía lírica cuando sabes que los jóvenes —por tanto, generosos, leales, limpios— compatriotas aspiran fervorosamente a que un guardia civil mate a los diputados en su mismo escaño. Y así.»

MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Un hombre como el que he estado describiendo, dibujante a la vez que escritor, con una presencia imponente en la sociedad española, era un buen candidato potencial para un sillón en la Real Academia Española, a pesar de que nunca antes un dibujante conocido sobre todo por el humor hubiera sido elegido. Y así terminó siendo. Fernando Lázaro Carreter, Manuel Halcón, su antiguo compañero de la revista *Semana*, y Juan Rof Carballo, presentaron su candidatura para ocupar un nuevo sillón, el «r». Tomó posesión del mismo el 20 de noviembre de 1988 con el ya citado discurso titulado *Dos momentos del humor español. Madrid Cómic - La Codorniz*. Presidió la sesión, un Pleno extraordinario de la Academia en sesión pública, don Juan, conde de Barcelona, otro buen amigo de Mingote. Le contestó Lázaro Carreter.

«Me asomé al salón de actos», comenzaba Clarimón, «en el momento en que la gente se reía por algo que acababas de decir, y temí haber hecho lo de siempre, llegar tarde. Después supe que habías leído una frase de Groucho Marx y que el discurso lo empezaste con esa cita». «Cuando llegué, a las siete y un minuto, la antesala estaba vacía, y el salón de bote en bote. Luego, casi me apenó que bastante de los que te habían escuchado, de pie, desde el pasillo central y las puertas, salieran de la antesala y se quedasen allí formando animados grupitos mientras el Sr. Lázaro Carreter te contestaba [...] Escuché a D. Fernando con verdadero gusto. Escribe y lee admirablemente. Creo que todo lo que dijo de ti, aparte de ser justo, fue muy inteligente y amable. Sin oficiar ni colocarse en medio. Para mí, excepcional». Y más adelante, señalaba:

«Algo hubo en aquel acto que no pudiste ver y que acaso no sepas. La gente que llenaba el salón de actos te escuchó entregada desde el principio. Señoras y caballeros de mediana edad, todos muy arreglados, expectantes, encantados de estar allí. Cuando hablaste de 'La Codorniz', hubo muchos cabeceos, miradas de mutuo entendimiento, cierto aire de antigua complicidad. Todos deseosos de reírse, de probar su solidaridad para contigo. Sentí algo parecido a la gratitud, una envidia dulce. Puede que ese público sea tu mejor creación.»

¿Y qué pasó cuando terminó el discurso de Lázaro?:

«En el momento en que empezaron a sonar los aplausos dedicados a D. Fernando, las cincuenta o sesenta personas con las que estaba yo en la antesala se abalanzaron hacia las puertas del salón de actos. Nadie quería salir y los que habían estado esperando afuera no podían entrar. Tip, de puntillas frente a la puerta del centro, llevaba ventaja. Aunque nadie llegó a perder las buenas maneras, hubo empujones. Estoy seguro de que ningún acontecimiento estuvo tan próximo al tumulto. Me sentí un poco avergonzado (de mi proceder, no del de otros) cuando, completamente solo, poniéndome el abrigo, empecé a bajar por la alfombrada escalera. Si alguien se fijó en mí, pudo pensar que yo era un filólogo resentido».

Antonio Mingote fue un leal, devoto y asiduo académico (cuando falleció, sus asistencias en el escalafón eran 1.424). Es cierto que en los Plenos no hablaba mucho (en los últimos años, dificultades de audición no le facilitan intervenir en las discusiones), pero esto es algo que, como ya he apuntado varias veces, era coherente con su personalidad. En ocasiones, aprovechaba los Plenos para esbozar caricaturas de algunos compañeros. Fue, y continúa siendo en nuestro recuerdo, un académico muy querido y respetado.



MANUEL ALVAR



FRANCISCO AYALA



ANTONIO BUERO VALLEJO



EMILIO ALARCOS LLORACH



PEDRO LAIN ENTRALGO



JULIÁN MARÍAS



VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA

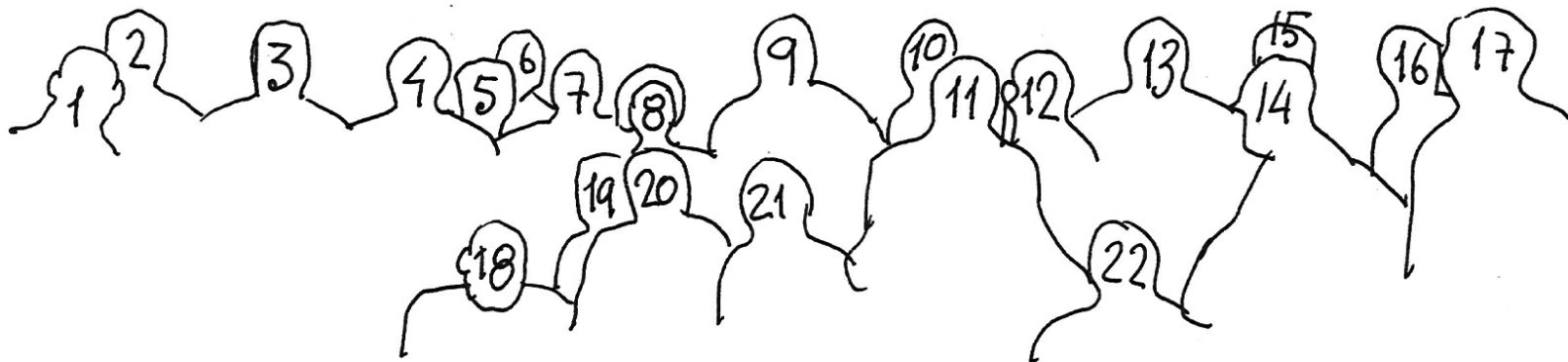
HONORES

La sociedad española, tan parca casi siempre con sus hijos más preclaros, no escatimó honores con Antonio Mingote. Una lista medianamente completa sería interminable, de manera que me limitaré a mencionar unos pocos: Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica y Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes, ambos reconocimientos en 1961; en 1967, Prensa Española, editora de *ABC*, creó el Premio Mingote para periodismo gráfico, que hasta la fecha se concede anualmente (él fue el primero que lo recibió); Premio Víctor de la Serna por su labor literaria y periodística (1979), Premio Nacional de Periodismo en 1980, Medalla de Oro al Mérito Artístico del Ayuntamiento de Madrid (1988), Medalla de Oro y Brillantes de la Asociación de la Prensa (1995), Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo (1996), Cartero Honorario de España, Premio Quevedo de los ministerios de Educación y Cultura y de Asuntos Exteriores, destinado a premiar la trayectoria profesional de humoristas gráficos iberoamericanos; en 2001 Premio Internacional de Humor Gráfico Gato Perich de la Generalidad de Cataluña y Premio Antonio de Lara Tono de Humor Gráfico correspondiente a los Premios Villa de Madrid, y en 2002, la Gran Cruz del Mérito Militar con distintivo blanco y la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes. Ya mencioné el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Alcalá de Henares, pero también recibió el mismo grado (26 de enero de 2007) por la Universidad Rey Juan Carlos. El 2 de diciembre de 2011, el rey Juan Carlos le concedió, tanto a él como a sus descendientes y en reconocimiento a su «destacada, aguda y creativa labor profesional», el título de marqués de Daroca, la ciudad en la que había nacido su padre y él vivido cerca de ocho años.

Aunque todos esos reconocimientos sin duda le agradaron, él los veía de una forma que, podemos decir hoy, cuando ya nos ha dejado, añade más aún a su grandeza. En uno de sus cuadernos de notas, expresó clara y rotundamente cómo valoraba el éxito que obtuvo:

«El éxito no me hace feliz. Me ha hecho feliz lo que he trabajado por conseguirlo. Si volviera a empezar, volvería a partirme el pecho por conseguir lo que luego me importará un pimiento».

Podría ser un buen epitafio para recordar al hombre de genio y de paz que fue Antonio Mingote Barrachina, aunque él una vez dijo que el que preferiría era: «Perdonadme. No lo volveré a hacer».



1. Francisco Rodríguez Adrados.
 2. Ángel Martín Muncio
 3. Claudio Rodríguez García
 4. José María de Areilza.
 5. Joaquín Calvo-Sotelo.
 6. Francisco Rico Manrique
 7. Antonio Cohino López
 8. Elena Quiroga de Abarca
 9. Fernando Lázaro Carreter.
 10. Rafael Alvarado Ballester
 11. Francisco Ayala y García Duarte.

12. Emilio Lorenzo Criado.
 13. Pedro Lain Entralgo.
 14. Julián Marías
 15. Torcuato Luca de Tena Brunet
 16. Antonio Buero Vallejo
 17. Luis Rosales Camacho
 18. Manuel Seco Reymundo
 19. Gregorio Salvador Caja
 20. Antonio Mingote Barrachina
 21. Carlos Bousoño Prieto
 22. Rafael Lapesa Melgar.

CONFESIÓN AUTOBIOGRÁFICA

Tal vez debería terminar esta necrológica con las anteriores palabras, pero antes de hacerlo utilizaré la voz, la voz íntima, esa que se plasma en el cuaderno privado, de nuestro compañero. El cuaderno en cuestión («Cuaderno verde»), en el que también aparecen, como hojas sueltas, las «Memorias, más o menos» que utilicé con anterioridad, comienza con los siguientes pasajes, datados el 4 de diciembre de 1987:

«Alguien pensará que yo he alcanzado grandes metas y he satisfecho mis ambiciones. Me muero de risa. Mi primera ambición, más o menos explícita, fue la de pintor, no un pintor cualquiera sino un muralista capaz de llenar de bellísimas imágenes kilómetros cuadrados de muros públicos o privados; y he acabado rellenando con dibujos a pluma una pequeña parcelita de 13x18 cms² en un periódico.

Aspiraba a una existencia aproximadamente anarco-libertaria como yo me imaginaba la existencia de un artista —estudiaba música, dibujaba, esperaba llegar a escribir...—. Y me hice militar, disciplinado, reglamentado y diplomado.

No he sido ni soy creyente —peor para mí—. Y curas han citado mis dibujos en sus sermones, frailes me han encargado la biografía de un santo —Fray Escoba—, editoras católicas me han publicado libros —“Al Cielo iremos los de siempre”— y hasta me han llamado teólogo (Cardedal)³⁶.

No he ambicionado más que una cosa, la libertad. Y me he casado, no una sino dos veces.

Me horripila hablar en público —tampoco en privado me entusiasma— y me encuentro, como presidente de un parlamento humorístico, haciendo un programa semanal de radio; como presidente del Garbanzo de Plata tengo que hacer pequeños —pequeñísimos— discursos de ofrecimiento. Y algún otro en los Amigos de Julio Camba, que también presido.

Mi torpeza dialéctica es enorme, y sin embargo a menudo me llaman las emisoras de radio para sostener con un locutor amenas conversaciones en las que yo nunca sé lo qué decir.

Con los años mis dudas aumentan y mis opiniones disminuyen en cantidad y menguan en firmeza. Pero en los periódicos se empeñan en preguntar mi autorizada opinión sobre esto, lo otro y lo de más allá, cuando la mayoría de las veces no opino nada.

Aunque mi popularidad no es desmesurada, a veces, cuando entro en una cafetería a desayunar en paz y leer con tranquilidad el periódico soy abordado de pronto por un sedicente admirador que me explica el aprecio que le merece mi trabajo, su punto de vista respecto a las cosas que yo comento, y las razones que existen para que le preste una atención de la que, dado mi desconocimiento de sus méritos, tal vez yo no lo considere digno».

³⁶ Muy probablemente se refería a Olegario González de Cardedal.

Como vemos, Mingote fue un hombre de paz, un hombre tolerante y generoso que, de tanto ver, de tanto observar, de tanto vivir, había llegado a contemplar el mundo, la sociedad, las personas, bajo un cierto trasluz de desengaño. Para él servía bien lo que otro ilustre artista del humor, Luis Bagaría, escribió³⁷: «¿Qué es el humorismo? Es, como si dijéramos, una flor que nació del pesimismo. De la profunda tragedia de haber nacido. De allí nació esta flor. Podríamos decir que el humorista es un descreído total de la vida. No se ríe del cómic, porque acaso puede que sea el único que está acertado. El humorista ve la vida con profunda tristeza; el humorista podríamos decir que sonrío con lágrimas en los ojos».

En el mismo cuaderno que acabo de utilizar, aparece otro escrito que merece la pena recordar

«Me admira (¿me admira?), me choca quienes dicen que no se arrepienten de nada y que si volvieran a nacer harían exactamente lo mismo que han hecho en su vida. Me asombra esa seguridad, ese convencimiento de haber hecho siempre lo que había que hacer.

Yo me arrepiento de casi todo lo que he hecho, y si tuviera que volver a vivir esta vida que he vivido lo haría todo (excepto dos o tres cosas) de otra manera.

Suelo hacer examen de conducta, casi siempre por intentar explicarme la conducta de alguien respecto a mí, y advierto lo torpemente que he ejercido el papel de este personaje que soy yo.»

Un hombre de este tipo, podría haber caído en la desesperanza, en el oscuro pozo del pesimismo. No así él. Lean si no, las siguientes líneas que leyó en Radio Popular:

«Buenos días, España, les habla Antonio Mingote. Me gustaría convencerles que afrontaran el día de hoy con optimismo. El pesimismo, además de ser inútil y reaccionario fomenta el rencor, que es, me parece a mí, el peor de nuestros pecados. Debemos desechar el odio estéril y esforzarnos en el amor. Y ustedes perdonen si resulto ampuloso a estas horas de la mañana.

Permítanme que les diga que la humildad puede ser un alivio para las contrariedades: que eso tan importante que nos está pasando a cada uno de nosotros no es tan importante, y lo vamos a olvidar a la vuelta de la esquina del calendario; igual que nosotros mismos, que nos creemos tan importantes, seremos olvidados, porque vivir es *caminar hacia el olvido*, como dice mi amigo y grandísimo poeta Manolo Alcántara.

Procuremos vivir con amor, y si los disgustos y las contrariedades nos hacen polvo, seamos *polvo enamorado* como quería Quevedo, otro poeta grandísimo.

³⁷ VV.AA., *Bagaría. 1882-1940*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1983, pág. 11.

En fin, que ustedes lo pasen bien, para lo que tendrán que hacer el pequeño esfuerzo de rechazar todo lo pernicioso que hay dentro de nosotros y que es lo que hace que lo pasemos mal. Bueno, adiós, que parezco un predicador.»

El adiós, su adiós, aún tardaría en llegar. Pero llegó, siempre llega. El 29 de octubre de 2011, consciente ya de lo limitado de sus fuerzas, publicó una «Tercera» en *ABC*, en la que pedía al director que le relevase «del apremiante compromiso de rellenar a diario esa parcela del periódico en la que aparece mi dibujo [...] Cincuenta y ocho años en esta situación creo yo más que suficientes.» «Situación, por cierto», añadía, «de la que estoy muy orgulloso y en la que disfruté del maravilloso regalo de la libertad; nunca ninguno de tus inolvidables antecesores en la dirección me dijo lo que tenía que decir o callar».

En una de las sesiones del reciente VI Congreso Internacional de la Lengua Española celebrado en Panamá, ese buen e inteligente hombre que es el expresidente de la República de Colombia, Belisario Betancur, citó unas palabras con respecto al buen morir que había escuchado de no recuerdo quién (puede que él tampoco lo recordase): «Que la muerte le acoja con los sueños intactos». Aunque el cuerpo, esa permanente ligadura que nos ata, le impidiese realizar sus sueños hasta el último momento, Antonio Mingote fue también en esto un hombre afortunado porque murió con sus sueños intactos, el sueño de continuar creando obras, de llevar sus pensamientos al papel. Doy fe de ello porque sé cuánto se esforzó intentando culminar ilustraciones que tenía bien dibujadas en la cabeza y en el espíritu para el último libro de nuestra trilogía, *Una historia de la medicina*. Quería hacerlos, tenía intacto el sueño de continuar creando historias dibujadas, pero no podía, el maldito cuerpo enfermo suyo se lo impedía.

Antonio Mingote Barrachina, hombre bueno, pacífico, inteligente e ilustrado, miembro que fue de esta Casa, en la que el recuerdo de su presencia tardará en borrarse igual que el dolor por su ausencia, falleció, tras haber padecido durante años un cáncer hepático, el 3 de abril de 2012.

Agradecimientos. Es un deber y al mismo tiempo un placer agradecer a Isabel Vigíola que haya puesto en mis manos todos los documentos (manuscritos, dibujos, libros...) de su marido que, como ya he señalado, con tanto cuidado conserva. Sin su ayuda, esta necrológica habría sido muy diferente, y sin duda peor. También agradezco a María Jesús Domínguez, «Chus», que localizase para mí todos los materiales que deseaba (y otros cuya existencia ignoraba).

APÉNDICE

Antonio Mingote dejó muchas páginas, cuadernos o simplemente trozos de papel, con anotaciones manuscritas, pensamientos que bien pueden considerarse una especie de aforismos. Como ayudan a comprender la persona que era y lo que pensaba, a continuación reproduzco algunos de ellos.

DE UN CUADERNILLO DE CALENDARIO «ENERO DE 1980»

«Hay cursis de derechas y cursis de izquierdas. Una cursilería de derechas es echarle lírica al patriotismo, que debe ser razonable. Una cursilería de izquierda es hacer demagogia con la sociología, que debe ser científica, o dar de lado al castellano en beneficio de una lengua regional cualquiera. Hay ejemplos de unos y otros. Si usted no sabe quiénes son es porque usted es un cursi.»

«*La política.*»

¿Cómo puede importarnos tanto las actividades de unos fulanos, tal vez útiles, pero sólo medianamente interesantes? Hay una columna (Pilar Urbano) donde se cuentan las cosas que los políticos le dicen a los periodistas o las que se dicen entre sí. No hay en ningún sitio una columna donde se cuente las cosas que C.J.C. [Camilo José Cela] le dice a Delibes, que Dámaso Alonso le cuenta a Gerardo Diego o que Pablo Serrano le dice a Baroja o tantos y tantos. ¿No serán más interesantes y, ¡por supuesto!, más fundamentales y fructíferas?

Hay que buscar al escritor que se ocupe de escudriñar en los hombres *verdaderamente* importantes, fértiles, enriquecedores de España y de su espíritu».

«Marañón elogia al “torero”, un español salido de la nada, lleno de “noble ambición de triunfar” (... “no hay héroe más amable y sencillo que el torero”).

Aunque también hay españoles salidos de la nada llenos de la noble ambición de hacerse licenciados en químicas o electricistas, y nadie dice nada, a pesar de lo útiles que son.

Encuentra el doctor al toro hermoso, pero demasiado estúpido (tal vez por eso sea el héroe admirable y sencillo, porque su hazaña consiste en matar a un imbécil).

Y por último otro elemento, el público al que encuentra sencillamente antipático. O sea que no merece nada, y si ese antipático da tanta gloria, a lo mejor no vale la pena. Un antipático y un estúpido llenan de gloria a un “ejemplar humano de excelente calidad”. No es de agradecer. Es amable y sencillo porque lo suyo no da para mucho.

Ortega escribe, después de varios elogios a la fiesta, que “durante dos siglos ha sido el hontanar de mayor felicidad para el mayor número de españoles... La historia de las corridas de toros nos revela algunos de los secretos más recónditos de la vida nacional española durante casi tres siglos. Y no se trata de vagas apreciaciones, sino que de otro modo no se puede definir con precisión la peculiar estructura social de nuestro pueblo durante esos siglos, estructura social que es, en muy importantes órdenes, estrictamente inversa de la normal en otras grandes naciones de Europa.”

Nos hemos lucido con la estructura social injusta, arbitraria, conflictiva, marco de guerras civiles, de revoluciones sangrientas, de dictaduras y arbitrariedades. ¿Y todo eso gracias a los toros? Pues muchas gracias. Y además, estrictamente inversa a las grandes naciones. Pues nos hemos lucido».

«Perplejidad»

Mi trabajo es un reflejo de mi perplejidad. Hay muchas cosas que no entiendo. Y casi todas las que entiendo me parecen estafalarias unas e irracionales otras».

«Nacionalismos.»

El nacionalismo es una variedad de barbarie.

Los nacionalistas son fanáticos por naturaleza. El fanatismo es inseparable de la barbarie».

DE SU ÚLTIMO CUADERNO DE NOTAS:

«No hay nada tan difícil de imaginar como la nada. Imaginar un sitio vacío. No se puede porque no existe el sitio. El sitio es un espacio, un ámbito. No hay ámbito. No existe el lugar donde no hay nada. No es ausencia de algo porque no hay ausencia».

«Tenía razón Ortega cuando decía que la política es una actividad espiritual, ineludible pero secundaria.»

«Cree que la política es una actividad intelectual, cuando apenas es una maniobra mercantil».

«En vez de gobernar España tal como es, se empeña en gobernarla como si fuera la que él se empeña en que sea».

«Batasuna o sea ETA son técnicamente una banda de delincuentes. Y, como se sabe, de los delincuentes se ocupan en todas partes del mundo los policías,

los jueces, los oficiales de prisiones. Sólo en España se deja esa ocupación a los políticos. ¿Por qué?»

«Yo creía había vida inteligente en este planeta, pero he visto la televisión. Ha sido un malentendido».

«Ensayos del ignorante un poco tonto.

La elementalidad en la opinión, la claridad en los conceptos, la vuelta al origen del impulso del artista. El lenguaje como enmascaramiento de la simplicidad. Filosofía del analfabeto.»

«No es necesario ser cristiano para disfrutar el cristianismo, como no hace falta ser Bogart para divertirse con 'Casablanca'. La alegría cristiana no está vedada a los ateos.»

«Si aplicas la caracola a la oreja oírás el mar, me dijo el anciano. Lo hice y oí una voz muy desagradable que decía:

—¿Qué haces ahí poniéndote la caracola en la oreja en lugar de estar haciendo algo útil, pedazo de idiota?

Tiré la caracola y hui de la playa, dejando al viejo riéndose de mí».

«Cuento de hadas.

Cuando nació Gastón, las hadas acudieron junto a su cuna, pues el padre era un rico terrateniente. Todas le concedieron sus dones, sería rico, ganaría las oposiciones, aprobaría el álgebra, enamoraría a todas las mujeres.

Pasados los años, esta última fue a visitarlo y lo encontró llorando.

—¿No enamoras a todas las mujeres?

—Sí —gimió— pero a mí me gustan los hombres».

«Hegel opinaba, poco más o menos, que los sentimientos nos igualaban a los animales. Nos distinguimos de ellos porque nosotros pensamos. El pensamiento.

Gracias a los pensamientos, los hombres hacemos unas bestialidades que a ninguna bestia se le puede pasar por su cabeza. Gracias a eso, el hombre es el que tiene religión, no el animal. Por eso el hombre ha hecho en nombre de la religión unas animalidades que a ningún animal le pueden pasar por la cabeza.»

«Cartas de gente célebre.

Querida mamá: Estoy arrasando. Dicen lo de la hierba que te han contado. No es verdad, la hierba crece normalmente y el estiércol ayuda.

Tu hijo Atila».

«Fue tan desgraciado en su matrimonio que decidió borrar a su mujer de su memoria y fue al especialista en borrar.

Lo hizo de modo que no podía ya ni recordar su nombre ni los momentos en que fue feliz con ella, que algunos hubo. Nada. No se acordaba de nada, había eliminado a la mujer del mundo de los vivos.

Terminado el tratamiento descubrió en un bar una mujer preciosa.

—¿Puedo invitarla a una copa?

—Por supuesto.

Hablaron mucho rato de sus cosas, sus anhelos, inquietudes, de las películas y de sus postres.

—Tengo la sensación de que no puedo vivir con una mujer que no seas tú.

—Eso mismo me dijiste para convencerme de que me casara contigo. Y me convenciste.»

«El castigo de Dios no fue la expulsión del paraíso, sino dotar al hombre perezoso de un alma inmortal que soporta día tras día la destrucción hasta el final.

Y por qué lo condenó? ¿Qué hizo el hombre a Dios para merecer eso?

El hombre se ha vengado, ignorando a Dios.

Por eso el hombre empieza a desdénar la filosofía y acaba robando un banco, o lo que es peor, fundándolo.»

«LA MALDAD

Las cosas son malas o buenas porque transmiten la belleza o la maldad.

Es mala la adúltera porque el marido sufre. Pero no es mala porque al resto de los maridos les importa un pimiento, incluso se ríen, luego el adulterio es bueno.

Sólo es malo o bueno lo que es bueno o malo para todos».

«La ciencia es averiguar por qué pasa lo que pasa. Y qué induce a las cosas a pasar o las condena a no pasar.

Y todo para acabar averiguando que cosas son importantes y que otras no.

Y en eso consiste la verdadera sabiduría.

Eso me enseñó Yorik, el bufón, el borracho y pendenciero del que todos se reían».

«Lo malo de morirte es no poder disfrutar de la privilegiada circunstancia de estar muerto, sin despertadores, sin noticiarios, sin quirófanos, sin teléfonos, sin urgencias, sin demoras en la eterna demora, sin saber quién será el campeón de la liga de fútbol esta temporada!»

COMENTARIOS A *CUENTOS PARA UN SIGLO. 100 AÑOS DE PREMIOS NOBEL*

Al final de muchos de los cuentos incluidos en el libro *Cuentos para un siglo. 100 años de Premios Nobel*, editado por Círculo de Lectores en 2001 para conmemorar con cuentos de autores galardonados con el Premio Nobel de Literatura el siglo de existencia de los Premios Nobel, Mingote anotó lo que le sugerían. He seleccionado algunos de esos comentarios.

Henryk Sienkiewicz, «El organista de Ponikla»:

«Esto es lo que pasa. Un organista perdido en el campo, en una noche nevada, se muere de frío mientras intenta tocar el oboe, pensando en la chica de la que está enamorado.

Haga usted un cuento con eso si tiene cojones.

Y este es un cuento magistral.»

Rabindranath Tagore, «Mi señor el niño»:

«Una historia emocionante la del indio, *a pesar* del traductor.

Nos satisface vivir [en] un mundo donde no hay castas ni esclavitud. O donde no se apedrea a las adúlteras ni se les corta las manos a los ladrones ni se extirpa el clítoris a las niñas. ¿Es que somos perfectos? Convendría saber cómo nos juzgan las gentes exóticas, cuáles son para indios, musulmanes y por ahí, nuestras crueldades, fanatismos, injusticias, crímenes.

No es posible que seamos mejores que todos los demás».

Pearl S. Buck, «El recaudador de impuestos»:

«Siempre que leemos una de estas historias de gentes exóticas nos preguntamos si las gentes del pueblo de Wang, después de leer una historia que sucede en Navalperales de la Mata, un suponer, pensarán que los navalperalenses son unas gentes tan absurdas, incómodas, infortunadas y manifiestamente mejorables como a nosotros nos parecen los chinos esos.

En cuanto a Pearl S. Buck, cuyas historias de chinos y por ahí han sido tan apreciadas como para merecer el Premio Nobel, ¿merecería tal importante galardón si se hubiera dedicado a contar historias de manchegos o de valencianos o de cómo se llamen esos de algún pueblo de Inglaterra?

Probablemente sí. Siempre que el premio Nobel lo dieran los chinos».

William Faulkner, «La tarde de una vaca»:

«Parece que los escritores escriben caiga quien caiga, pase lo que pase y, lo que es más admirable, aunque no pase nada. Faulkner es especialista en hacer literatura con cualquier cosa. Hay un párrafo de seis líneas para decir que se vistió, y lo dice en media línea al principio y pocas palabras al final; el resto es la descripción, minuciosa, interesante, ¡divertida!, de lo que hace un caballo mientras su amo se viste.

Especialista en decir las cosas de la manera más difícil, pero no más enrevesada ni confusa, sino aclaratoria, literaria, escudriñadora, ¡divertida! Un escritor dado al gozo de escribir por escribir, de contar por escribir, de pensar por escribir, de escribir y que le den morcilla a los demás».

Pär Lagerkvist, «La pequeña campaña militar»:

«Formidable caricatura de la guerra, el heroísmo, el patriotismo, el valor guerrero, la estrategia, la crueldad, el horror y demás atributos del hombre racional, de la humanidad en constante progreso, gracias al perfeccionamiento de la brutalidad, el refinamiento en el odio y la pertinacia en el orgullo nacional, última reminiscencia de la barbarie».

Ernest Hemingway, «Un lugar limpio y bien iluminado»:

«Un cuento sobre nada. Y la nada sale mucho, por cierto.

Un cuento desesperanzado, sobre la nada, o sea la inutilidad, la inanidad de todo.

Pero con la nada un escritor hace un cuento, que es algo.

¿Por qué tanta desesperanza?

Hemingway debió de encontrar la respuesta. Se pegó un tiro en la cabeza».

Halldór Laxness, «La derrota de la fuerza aérea italiana en 1933 en Reykjavik»:

«Estupenda caricatura del fascismo y su parafernalia.

Reacción de lo natural frente a la ridícula ostentación de lo artificioso. La falsedad de las jerarquías sustentadas por la simple apariencia. El fanatismo huero, la estrafalaria gloria, el grotesco heroísmo, la idiota sumisión a la escenográfica maquinaria inútil.

O sea, el fascismo».

John Steinbeck, «La agresión»:

«La religión es el opio del pueblo.

La política es el opio del pueblo.

El deporte es el opio del pueblo.

La intransigencia es el opio de pueblo.

El nacionalismo es el opio del pueblo.

El patriotismo es el opio de pueblo.

La fama es el opio de los famosos.»

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON

Real Academia Española